



ORACIÓN Y SANTIDAD

JAVIER SESÉ

1. *La unidad de la vida cristiana*

La cuarta parte del *Catecismo de la Iglesia Católica*, dedicada a la oración, es tradicional en los catecismos cristianos. Habitualmente es la más breve, e incluso un mero apéndice práctico o piadoso, en torno al Padre-nuestro, destinado a completar lo que se considera el núcleo central de la doctrina cristiana, expuesto en el tríptico Credo-Sacramentos-Mandamientos.

Según han manifestado algunos redactores, ésa fue la primera configuración de esta última parte del nuevo *Catecismo*: un comentario de la oración dominical sin excesivas pretensiones. Sin embargo, como respuesta a las consultas realizadas, abundaron las sugerencias pidiendo un tratamiento más extenso y profundo de lo que es y supone la oración en la vida cristiana¹. Los redactores atendieron ese deseo con esmero; hasta el punto de que el resultado que tenemos ahora entre las manos es un excelente, completo y profundo tratado sobre la oración cristiana, considerada tanto en general (primera sección), como en su manifestación más excelsa: la ora-

1. Así lo ha manifestado, por ejemplo, Jean Corbon, miembro de la Comisión Teológica Internacional y redactor principal de esta cuarta parte: 'En las primeras etapas de la redacción, estaba previsto incluir al final de las tres partes del Catecismo un comentario al Padre Nuestro. Cuando el texto del Proyecto fue sometido a la consulta de los Obispos y de los Institutos de Teología en 1989-1990, una gran mayoría de las respuestas pedía la redacción de una cuarta parte que comprendiera, además del comentario del Padre Nuestro, una catequesis fundamental sobre la oración cristiana. De ahí, las secciones de esta parte: «La oración en la vida cristiana», «La oración del Señor: Padre Nuestro», (*Palabra*, n. 335 (enero 1993) p. 12).

ción que el mismo Jesús nos ha enseñado, y que por eso llamamos «dominical» (segunda sección).

Esta cuarta parte sigue siendo, lógicamente, la más breve del *Catecismo de la Iglesia católica*, en comparación con las otras tres partes, dada la menor extensión temática de su contenido; pero no desdice en absoluto del nivel doctrinal, teológico y catequético de todo el conjunto, ni permite ser considerada como un simple apéndice o con un rango secundario respecto a las demás.

No obstante, respecto a la oración cristiana, a nuestro entender, hay algo más importante en el nuevo *Catecismo* que su tratamiento sistemático en esta cuarta parte. En efecto, la lectura atenta de todo el volumen proporciona una firme convicción de la unidad del mensaje cristiano, y en particular, por lo que respecta a nuestro tema, entre doctrina y vida, entre fe y piedad, entre conocimiento de Dios y trato con El.

La oración, es decir, la íntima relación y trato que se debe dar entre el cristiano y Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, brota con naturalidad en estas páginas, a poca sensibilidad interior que se tenga, tanto de la exposición doctrinal de los misterios de fe, como de su celebración litúrgico-sacramental y de su encarnación en la vida moral. La oración brota de todo ello y, al mismo tiempo, lo impregna de ese sentido personal, íntimo, empeñativo y atractivo a la vez, que es propio de la vida espiritual cristiana.

La búsqueda de esta unidad ha estado presente en el deseo de los redactores, empezando por el mismo Romano Pontífice: «Las cuatro partes se articulan entre sí: el misterio cristiano es el objeto de la fe (primera parte); es celebrado y comunicado en las acciones litúrgicas (segunda parte); está presente para iluminar y sostener a los hijos de Dios en su obrar (tercera parte); es el fundamento de nuestra oración, cuya expresión privilegiada es el «Padre nuestro», que expresa el objeto de nuestra petición, nuestra alabanza y nuestra intercesión (cuarta parte)».

«La Liturgia es, por sí misma, oración; la confesión de la fe tiene su justo lugar en la celebración del culto. La gracia, fruto de los sacramentos, es la condición insustituible del obrar cristiano, igual que la participación en la Liturgia de la Iglesia requiere la fe. Si la fe no se concreta en obras permanece muerta (cf. St 1, 14-26) y no puede dar frutos de vida eterna»².

2. JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei depositum*, n. 3. El mismo JEAN CORBON (ver nota anterior) afirma que uno de los criterios principales de redacción de esta parte fue 'la coherencia profunda con las tres partes precedentes:

Pero estas declaraciones explícitas no disminuyen nuestra satisfacción por ver esa unidad perfectamente conseguida y plasmada en el *Catecismo*; más bien, al contrario, la aumenta. Porque, además, no se trata sólo de una convicción teórica, convenientemente formulada y enseñada en distintos lugares del *Catecismo*³; sino, como ya hemos señalado, de algo vivo que impregna todo el contenido del mismo *Catecismo* como tal. Por lo menos, ésa fue mi primera impresión personal de su lectura, y lo sigue siendo tras un estudio más detenido y oportunamente «crítico».

Pienso que la unidad entre doctrina y santidad, y en particular entre teología y santidad, presente en tantas almas cristianas desde los primeros siglos de la Iglesia, y en tantos aspectos de su vida, se hace especialmente necesaria en nuestros días, en un ambiente fuertemente cargado, dentro y fuera de la Iglesia, de elevadas y nobles preocupaciones y ambiciones intelectuales y científicas, pero poco acompañadas, con frecuencia, de lo que ha sido común, no sólo en los grandes doctores de la Iglesia, sino en tantas almas no menos santas, aunque fueran de menor portada intelectual y científica: ese deseo de unión con Dios, esa admiración por El, esa actitud humilde y sencilla, y, sobre todo, ese amor entregado a tan excelso y tan personal objeto de estudio y enseñanza como es la Santísima Trinidad; actitud que, lejos de condicionar la categoría intelectual y el rigor científico de tantos cristianos, los ha confirmado, aunque no hayan seguido siempre los rigurosos métodos y criterios que el cientificismo contemporáneo suele exigir.

2. La enseñanza de los santos

Pero volvamos al *Catecismo de la Iglesia Católica*. Uno de los síntomas que confirman esa unidad de fondo entre piedad y doctrina y, a mi juicio, de los más decisivos, es el recurso frecuente al ejemplo y la enseñanza, a la vida y la experiencia de los santos. En primer lugar, la importancia de esta fuente, como parte de la Tradición viva de la Iglesia, es destacada

el mismo Misterio de Cristo, profesado en la fe, celebrado en la liturgia y vivido en el Espíritu Santo, es interiorizado en la oración personal en comunión con la Iglesia' (*Palabra*, n. 335 (enero 1993) p. 12).

3. Por ejemplo, cuando se afirma que 'existe un vínculo orgánico entre nuestra vida espiritual y los dogmas. Los dogmas son luces en el camino de nuestra fe, lo iluminan y lo hacen seguro. De modo inverso, si nuestra vida es recta, nuestra inteligencia y nuestro corazón estarán abiertos para acoger la luz de los dogmas de fe (cfr Jn 8, 31-32)' (n. 89).

explícitamente por el mismo *Catecismo*⁴ y por Juan Pablo II en la *Fidei depositum*: «Un catecismo debe presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la Tradición viva en la Iglesia y del Magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y santas de la Iglesia, para permitir conocer mejor el misterio cristiano y reavivar la fe del Pueblo de Dios»⁵.

No hay que olvidar, además, como afirma el mismo *Catecismo*, que «Los patriarcas, los profetas y otros personajes del Antiguo Testamento han sido y serán siempre venerados como santos en todas las tradiciones litúrgicas de la Iglesia» (n. 61)⁶; y análogamente los Apóstoles y primeros discípulos que aparecen en el Nuevo Testamento. Desde luego, la enseñanza viva de todos ellos, recogida en la Sagrada Escritura, forma parte importante de esa unidad entre piedad y doctrina a la que recurre continuamente el nuevo *Catecismo*, y que se prolonga en todos los santos posteriores —anónimos la gran mayoría—, hasta nuestros días. Es decir, también desde la perspectiva de la santidad viva, encarnada en esos hombres y mujeres que veneramos como santos, encontramos la unidad entre Escritura y Tradición como fuente de la fe y la vida de la Iglesia⁷.

También el simple elenco de citas literales de las obras escritas por los santos incluidas en el *Catecismo* llama positivamente la atención, y contrasta con otros compendios de doctrina cristiana modernos y antiguos.

En efecto, en toda exposición doctrinal, magisterial o no, es habitual el recurso frecuente a los Padres de la Iglesia, por una parte, y a Santo Tomás de Aquino, en particular, por otra, entre otros doctores; el *Catecismo de la Iglesia Católica* no podía ser menos, como no lo es el Concilio Vaticano II. Que al tratar temas propios de la espiritualidad cristiana se recurra también a la autoridad de otros santos, reconocidos oficialmente como doctores en estas materias, como Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz o San Francisco de Sales, no se puede considerar una novedad; aunque no deje de resultar significativo que sigan ahí, e incluso reforzados. Pero ¿cuántos catecismos «mayores», compendios doctrinales, o incluso ma-

4. Cfr. nn. 127, 156, 313, 598, 688, 795, 828, 867, 1173, 1474-1477, 2005, 2011, 2033, 2045, 2156, 2502. Conviene destacar, en particular, la referencia expresa a una de las principales formas de santidad que es el martirio (nn. 2473 y 2474).

5. *Fidei depositum*, n. 3.

6. No falta tampoco la referencia expresa a las 'mujeres santas como Sara, Rebecca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester', con María Santísima a la cabeza (n. 64).

7. Cfr. n. 93, que reproduce un párrafo de *Lumen gentium*, n. 12.

nuales de teología conoce el lector en los que se cite, por ejemplo, a Santa Juana de Arco o a Santa Rosa de Lima al tratar de la doctrina de la fe o de la moral? He escogido a propósito esos dos ejemplos, por tratarse de dos personas que apenas han dejado doctrina escrita; de hecho el *Catecismo* cita su enseñanza ejemplar de forma «indirecta»... porque no hay otra forma de hacerlo⁸.

Pero no se trata simplemente de un número más o menos grande de citas o referencias explícitas (tampoco podían ser muchas en un texto de estas características), que incluso podían haber sido encajadas más o menos artificialmente; aunque pienso que éste no es el caso. Las referencias mencionadas no hacen sino confirmar lo que se puede apreciar leyendo entre líneas: la vida de esos y otros santos, la forma concreta en que ellos han vivido el ideal cristiano, en que se han unido con Dios Padre, configurado con Jesucristo y dejado conducir por el Espíritu Santo, ha sido tenida continuamente en cuenta por los redactores del *Catecismo*.

De esta forma, el *Catecismo de la Iglesia católica* deja claro, tanto en la literalidad del texto como en su espíritu de fondo, que la vida, el ejemplo y la enseñanza de los que por algo llamamos «santos», no sólo refleja la Tradición de la Iglesia y, por tanto, es fuente de doctrina en lo que se refiere a la vida espiritual estrictamente considerada, sino también en todo lo relativo al comportamiento moral (porque no se puede dividir la única vida cristiana, moral y espiritual, encaminada a un único fin: la santidad), a su expresión litúrgica (¿qué mejor oración que la litúrgica, y quiénes han sido mejores «celebradores» de la liturgia que los santos?), y al mismo contenido del credo de la Iglesia: aunque la mayoría de los santos no hayan reflexionado «científicamente» sobre los misterios de la fe, ni hayan escrito reflexiones personales sobre quién es Dios, todos han alcanzado, en su oración personal, tal intimidad con El, que lo han podido llegar a conocer —ya en esta tierra— con más profundidad que el más sabio de los teólogos; y ese conocimiento se ha reflejado en los sucesos de su vida, en su personalidad, en su comportamiento y actitudes; de tal forma, que un buen profe-

8. De Santa Juana de Arco se habla dos veces con referencia a las actas de su proceso (nn. 795 y 2005), y otras dos según los *dictum* (nn. 223 y 435), no escritos desde luego por ella misma, que, al parecer, ni siquiera sabía escribir. Para las dos referencias a la enseñanza de Santa Rosa de Lima se recurre a la antigua biografía de P. Hansen, titulada *Vita admirabilis*, Lovaina 1668 (nn. 618 y 2449). Otros ejemplos parecidos pueden ser las referencias a Santo Domingo de Guzmán (n. 956), al Santo Cura de Ars (nn. 1589 y 2715), a San Francisco de Asís y a San Felipe Neri (n. 2416), también tomadas de biografías.

sional del estudio y la enseñanza de la fe (un teólogo, un pastor, un catequista) no puede prescindir de ellos, precisamente para ser «rigurosamente científico» y buen pedagogo: la ciencia de los santos, de la vida de los santos, de la oración de los santos, es «ciencia de Dios», como lo son la ciencia bíblica, la dogmática, la moral, la histórica, etc.

Los santos —todos, desde luego; no sólo los ya canonizados; aunque a éstos suele ser a los que mejor conocemos, y de los que la Iglesia nos garantiza su autoridad— son pieza clave en la unidad de la fe y en la unidad de la vida cristiana, en la unidad entre doctrina y vida, entre ciencia de la vida y ciencia de la fe; es decir, pieza clave de la ciencia de Dios: de la teología y de su enseñanza: de la catequesis; y así ha quedado perfectamente plasmado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Se podrían multiplicar los ejemplos de lo que digo, analizando numerosos puntos del *Catecismo*, y no descarto realizarlo en un posible estudio más detallado del mismo desde esta perspectiva; pero permítaseme aquí, al menos, reproducir el primer número, el arranque de todo el libro, reflejo fiel de lo que el lector encuentra en él:

«Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace mediante su Hijo que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En El y por El, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada» (n. 1).

¿No son precisamente los santos, sus personas y sus vidas, la encarnación de esta realidad? ¿No nos muestran de forma viva e incontestable cómo Dios se entrega al hombre —a cada hombre y cada mujer—, cómo está cerca de él, dentro de él, cómo ama a cada uno? ¿No se han sentido y vivido cada uno como hijos queridísimos de Dios, saliendo decididamente al encuentro de su Padre? ¿No han sido los fieles enamorados de Jesucristo?, ¿los mejores instrumentos del Espíritu Santo en servicio de la Iglesia y de las almas? ¿No son ya, en definitiva, los «herederos de su vida bienaventurada», mostrándonos desde allí sin cesar el camino hacia el cielo, y ayudándonos con eficacia a alcanzarlo nosotros también?

Para completar estas consideraciones sobre los santos, veamos cómo el mismo *Catecismo* resume su papel en la vida de la Iglesia: «Al canonizar a ciertos fieles, es decir, al proclamar solemnemente que esos fieles han

practicado heroicamente las virtudes y han vivido en la fidelidad a la gracia de Dios, la Iglesia reconoce el poder del Espíritu de santidad, que está en ella, y sostiene la esperanza de los fieles proponiendo a los santos como modelos e intercesores (cf LG 40, 48-51). «Los santos y las santas han sido siempre fuente y origen de renovación en las circunstancias más difíciles de la historia de la Iglesia» (CL 16, 3). En efecto, «la santidad de la Iglesia es el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero» (CL 17, 3)» (n. 828)⁹.

Palabras especialmente apropiadas al momento difícil en la historia de la Iglesia y del mundo, que todos somos conscientes de estar viviendo; que nos empujan a ser más santos y a volver los ojos a los santos de ayer y de hoy.

3. *La oración de los santos*

Pienso que las consideraciones hechas hasta aquí, sobre el conjunto del *Catecismo*, pueden ayudar a valorar más la parte específicamente dedicada a la oración: en sí misma y como una de las claves de lectura —no la única, pero tampoco la menos importante— de toda la exposición doctrinal que este importante documento magisterial nos ofrece.

Ante todo, lo que acabamos de afirmar sobre el conjunto del nuevo *Catecismo* se observa de forma aún más evidente en su cuarta parte. Aquí las referencias a la experiencia y la enseñanza de los santos eran obligadas. La riqueza y variedad de posibilidades de la oración cristiana se refleja en su vida, no menos que sus elementos comunes y esenciales.

Y todo ello, empezando por el Santo de los Santos: Jesucristo, modelo de oración, maestro de oración y objeto de oración: «Jesús ora», «Jesús enseña a orar» y «Jesús escucha la oración» son los títulos de los epígrafes en que se ordena el artículo dedicado a la oración «en la plenitud de los tiempos»¹⁰. Pero, más allá de ese tratamiento sistemático de la oración de Jesús, la íntima relación entre El y su Padre, hecha plegaria, preside toda la exposición de esta parte, y es continuo punto de referencia, en ambas secciones: oración en general y «oración del Señor Jesús» o Padre-nuestro¹¹.

9. Cfr. también todo el apartado dedicado a la 'comunión de los santos', sobre todo los nn. 956 y 957. Cfr. además el n. 1434.

10. nn. 2599-2616.

11. Cfr., en particular, nn. 1759, 2765-2766.

Empezando por Jesús, siguiendo por su «Santísima» Madre, maestra de oración, la criatura que más íntimamente ha tratado al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: en el nuevo *Catecismo* se habla de la oración de María como modelo, también en el contexto de la «plenitud de los tiempos»¹²; y de la oración a María como camino a la Trinidad, incluyendo un comentario al Avemaría, breve pero denso¹³.

Todo ello se completa con la oración de los santos del Antiguo y Nuevo Testamento, desde los Patriarcas y Profetas hasta la corte celestial del Apocalipsis¹⁴. En particular, los salmos son presentados en lugar destacado como «elemento esencial y permanente de la oración» de la Iglesia¹⁵.

En este amplio abanico de modelos de oración, observamos cómo se unen la autoridad de la Sagrada Escritura y los aspectos vivos y personales de la oración de las almas santas. Por eso, quizá esta cuarta parte del nuevo *Catecismo* sea la más bíblica de todas; y no sólo por el número de citas y los apartados expresamente dedicados al estudio de la oración en la Biblia, sino por el tono general y la inspiración de lo que aquí se expresa. En particular, el comentario al Padrenuestro combina espléndidamente las fuentes bíblicas y patrísticas.

4. *Llamada a la oración y llamada a la santidad*

Respecto a la naturaleza de la oración, tal como es presentada en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, deseo insistir sobre todo en el título de este artículo: oración y santidad.

Hablar de oración, en efecto, es hablar de santidad. La santidad es la unión de amor entre el hombre y Dios; los que están unidos por el amor necesariamente se tratan, se hablan, se comunican sus pensamientos y deseos, sus afectos, su misma intimidad, se dan ellos mismos mutuamente; y a la inversa: el trato con Dios, el diálogo con El, el abrirle nuestra conciencia, nuestra alma, nuestra intimidad, es el camino para amarle cada vez más, para estar cada vez más unidos con El, para ser más santos.

12. nn. 2617 ss.

13. nn. 2673 ss. Cfr. también el n. 971, sobre el culto a la Santísima Virgen, con referencia expresa al Santo Rosario, 'síntesis de todo el Evangelio', en palabras de Pablo VI (*Marialis cultus*, n. 42).

14. nn. 2568 ss. y n. 2855, respectivamente.

15. n. 2597; cfr. nn. 2585-2589.

Por eso no podía faltar en el *Catecismo* la conocida expresión de Santa Teresa de Jesús, la gran doctora de la oración: «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»¹⁶; a la que se une, entre otras, la descripción no menos bella y profunda de la otra Santa Teresa, la del Niño Jesús: «Para mí, la *oración* es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría»¹⁷.

La santidad no es sólo oración en sentido estricto; la vida espiritual cristiana tiene muchos otros componentes esenciales. Pero sí es cierto que cualquiera de estos componentes se puede expresar de una u otra forma como oración, como trato con Dios, como búsqueda de la unión con El, como expresiones de amor.

La gracia, la Inhabitación de la Trinidad en el alma, la filiación divina son fuentes de ese trato; todas las virtudes giran en torno al amor de Dios y se ejercitan de modo principalísimo en la oración; los sacramentos y la liturgia son oración pública y alimento de la oración personal; el apostolado es el amor y la intimidad con Dios que se desbordan en otras almas, es enseñar a hacer oración, a conocer, tratar y amar a Dios... No hay que forzar los textos ni el contenido de esta cuarta parte del *Catecismo de la Iglesia Católica*, para afirmar que es un tratado de toda la vida espiritual, precisamente porque es un tratado de oración cristiana.

Una de las consecuencias principales, y a la vez manifestación de esta íntima relación entre oración y santidad, es la expresión «llamada universal a la oración», que figura en el título del capítulo primero de la sección primera de esta cuarta parte. No es todavía una expresión frecuente, aunque esté íntimamente ligada a otras dos que sí lo son, en distintos ámbitos: «llamada universal a la santidad» y «llamada universal a la contemplación» (esta última también formulable como «llamada universal a la mística»). De llamada a la santidad también se habla expresamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, sobre todo en la parte tercera, dedicada a la doctrina moral. De llamada a la mística y a la contemplación se habla en ambos contextos, como enseguida comprobaremos.

Analicemos con detalle esta relación santidad—oración—contemplación, en cuanto «llamada universal», porque nos parece otra de las claves

16. SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, 8, cit. en *Catecismo...*, n. 2709.

17. SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Manuscritos autobiográficos*, C, 25r, cit. en *Catecismo...*, n. 2558.

principales en la lectura de esta parte del *Catecismo*, y a su luz, del resto del mismo.

Para la noción de santidad, y la llamada divina a ella, hay que dirigirse, en primera instancia, a la primera y a la tercera parte del *Catecismo*¹⁸. En la primera parte, la santidad cristiana aparece en el contexto de la santidad de Dios y de Jesucristo: así, la vocación cristiana es vista como llamada a la vida divina¹⁹, es decir, a la Inhabitación de la Trinidad²⁰ y a la vida en Cristo, a la identificación con El²¹.

La santidad personal se presenta también en el contexto de la santidad de la Iglesia²²; lugar en el que se recoge expresamente la proclamación de la llamada a la santidad realizada por el Concilio Vaticano II: «Todos los cristianos, de cualquier estado o condición están llamados cada uno por su propio camino, a la perfección de la santidad, cuyo modelo es el mismo Padre»²³; y sin olvidar la enseñanza tradicional que presenta la caridad como «alma de la santidad» (n. 826)²⁴.

En cuanto a la parte moral, el planteamiento unitario de que venimos hablando hace que la «vida en Cristo» sea presentada como una unidad, incluyendo tanto los aspectos estrictamente morales como los más propiamente espirituales, sobre todo en la primera sección, la de carácter general. Con ello se acepta, además, la moderna tendencia teológica que busca afrontar el estudio de la moral cristiana desde una perspectiva más amplia, huyendo de los excesos casuísticos y legalistas.

El acercamiento entre ciencia moral y ciencia espiritual está, en efecto, resultando muy positivo en la teología contemporánea, siempre que se salvaguarde la identidad peculiar de cada uno de esos saberes: sus métodos propios, su peculiar enfoque, su perspectiva de estudio, etc.; aspectos que, lejos de contraponerse, se enriquecen mutuamente. De todas formas, en un catecismo —que no es un tratado de teología— es todavía más lógico que

18. Tampoco está ausente, desde luego, en la parte litúrgica, pero su tratamiento es menos explícito en ella. Cfr., por ejemplo, los nn. 1330, 1474-1477.

19. Cfr. nn. 356 y 367.

20. Cfr. n. 260, en el que se recoge la preciosa y conocida oración de la Beata Isabel de la Trinidad.

21. Cfr. nn. 426, 459-460, 519-521, 542.

22. nn. 823-829.

23. n. 825, citando *Lumen gentium*, n. 11.

24. Se cita aquí el conocido texto de Santa Teresa del Niño Jesús sobre su vocación al AMOR (*Manuscrito autobiográfico B*, 3v), respetando su peculiar forma de destacar admirativamente algunas frases: otro buen ejemplo de correcta utilización de las fuentes vivas de los santos.

se busque esa unidad, pues el objeto de enseñanza es único: la vida cristiana. Serán, en todo caso, los análisis científicos ulteriores los que puedan recomendar una división sistemática del estudio de ese único objeto.

El título de la primera sección de esta tercera parte del *Catecismo de la Iglesia Católica* resulta por sí mismo significativo desde una perspectiva espiritual: «la vocación del hombre: la vida en el Espíritu». Formulación que viene a completar el también sugestivo título de toda la parte: «la vida en Cristo». Además, el planteamiento del fin del hombre y su vocación desde la perspectiva de las bienaventuranzas²⁵, supone elevar, desde el primer momento, el punto de mira: sin complejos ni componendas, hacia donde de verdad debe orientarse la vida cristiana y, en consecuencia, tanto sus aspectos más objetivos o morales, como los más personales y subjetivos, es decir, los espirituales.

Esa llamada y ese fin reaparecen hacia el final de la sección, una vez analizados los elementos fundamentales de lo que tradicionalmente se llama, en teología, «moral fundamental». En el artículo titulado «gracia y justificación» hay un apartado final dedicado expresamente a la santidad (al que sólo sigue como complemento otro sobre el papel de la Iglesia como «madre y educadora» de la vida cristiana)²⁶. Y se hace desde una perspectiva vocacional, partiendo de Rom 8, 28-30, y con una nueva referencia a la proclamación del último concilio: «Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»²⁷; junto a la decisiva invitación del mismo Jesucristo en el Sermón de la montaña, recogida por el evangelista San Mateo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48)²⁸.

5. Oración, santidad y mística

Pues bien, inmediatamente después, se afronta el contenido de esa llamada, de esa perfección, yendo a lo más elevado, como debe ser, como exigen las palabras reproducidas, si se entienden correctamente y con valentía: «El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama 'mística', porque participa del misterio de Cristo me-

25. nn. 1716 y ss.

26. nn. 2012-1016. También se afronta esa llamada antes, en los nn. 1996 y ss., que entroncan directamente con la parte dogmática.

27. *Lumen gentium*, n. 40.

28. Cfr. nn. 2012-2013.

diante los sacramentos —‘los santos misterios’— y en El, en el misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con El...». El mismo número aclara enseguida, en la línea de la enseñanza tradicional de los principales santos y doctores: «... aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos» (n. 2014).

Es mucho lo que hay detrás de estas palabras, y lamentamos no poder analizarlas exhaustivamente en este momento. Baste observar que reflejan una superación, cada vez más evidente en la práctica cristiana y en la teología espiritual, del antiguo «miedo a la mística», arrastrado durante siglos, y sólo vencido tras un extenso y profundo debate teológico en los primeros decenios del siglo XX, y, sobre todo, tras la apertura de nuevas formas de espiritualidad que, sin bajar el listón de la llamada a la santidad han mostrado con hechos y modos prácticos, además de en la teoría, cómo una vida genuinamente contemplativa, mística, es posible en las más diversas circunstancias²⁹.

El concepto de mística aquí utilizado tiene la suficiente amplitud, para no descartar a nadie de él por principio; y la suficiente concreción y exigencia, como para que nadie pueda pensar en medianías a la hora de plantearse en serio su santidad personal, tal como Dios mismo lo pide expresamente a todos y cada uno. Queda claro, además, desde esa perspectiva, el esencial carácter progresivo, gradual, dinámico o tendencial de la vida espiritual. La mística, en efecto, se sitúa en las cotas altas de ese progreso, pero sin que suponga una ruptura radical con todo lo anterior y sin necesidad de duplicar los caminos y los medios.

En esta perspectiva pienso que debe encuadrarse la parte dedicada a la oración, de acuerdo con el subtítulo ya mencionado («llamada universal a la oración»), y teniendo en cuenta la noción de oración que se ofrece desde el principio: una «alianza» y «comunión» con Dios, con la Trinidad a través de Jesucristo; al mismo tiempo que es un don (como la santidad como la mística).

La confirmación de esa estrecha interrelación entre santidad, mística y oración es prácticamente continua en el recorrido, ya citado, por los grandes orantes del Antiguo y del Nuevo Testamento (con Jesús mismo a la cabeza); cobra especial vigor en el artículo dedicado al «camino de la

29. Es el caso, por citar los que nos parecen hitos históricos más significativos de los caminos espirituales abiertos por Santa Teresa del Niño Jesús, el Beato José María Escrivá de Balaguer, Charles de Foucauld, etc.

oración», de esquema y contenido trinitarios y marianos³⁰; y culmina en el apartado dedicado a «las expresiones de la oración»³¹, planteadas con el valor que tienen en sí mismas, pero siempre en tensión hacia la «oración de contemplación». En efecto, «la oración vocal se convierte en una primera forma de oración contemplativa» (n. 2704); y la meditación «debe ir más lejos: hacia el conocimiento del amor del Señor Jesús, a la unión con El» (n. 2708).

6. *La oración de contemplación*

El tratamiento específico de la «oración de contemplación»³², por su parte, me parece especialmente valioso: redactado con esmero y precisión, empapado de la rica tradición recibida de tantos místicos y contemplativos, es decir, de tantos santos.

En esos once densos números se cita expresamente a Santa Teresa de Jesús, el Santo cura de Ars (o mejor, lo que él contó sobre un campesino de su pueblo: la contemplación de tantos santos anónimos, de apariencia ruda y sencilla, pero de alma verdaderamente unida a Dios), San Ignacio de Loyola, San Isaac de Nínive y San Juan de la Cruz; pero los ecos de éstos y otros santos son continuos. Me parece que resulta difícil condensar en tan pocas frases tanta riqueza espiritual de siglos; y hacerlo sin perder ningún aspecto importante de su contenido: ¡el *Catecismo de la Iglesia Católica* lo logra aquí!

Ya que la limitada extensión de este artículo no me permite ser exhaustivo en el comentario, me limitaré prácticamente a enumerar los rasgos de la contemplación (y por tanto, de la mística, de la santidad, de la oración) ahí enumerados, mientras me atrevo a invitar sinceramente al lector a releer una y otra vez esos números, meditarlos... y ¡vivirlos!

Significativo es que el *Catecismo* utilice, de entrada, como definición de «oración de contemplación», la conocida y ya citada frase con que Santa Teresa de Jesús describe la «oración mental» (n. 2079). Toda oración es, en efecto, «tratar de amistad», porque toda oración debe aspirar al más íntimo trato de amistad, a la más íntima unión «con quien sabemos nos ama», que es la contemplación.

30. nn. 2663 y ss.

31. nn. 2700 y ss.

32. nn. 2709-2719.

No menos significativa es la utilización explícita de la expresión «amado de mi alma» —propia del poema místico por excelencia: el Cantar de los Cantares—, para designar a Dios como objeto de contemplación (n. 2709). El amor es, en efecto, el componente clave de esta excelsa forma de oración.

La contemplación aparece así descrita como «comunidad de amor» (n. 2719), «caridad en acto» (n. 2718), alianza y comunión en la que «la Santísima Trinidad conforma al hombre, imagen de Dios, 'a su semejanza'» (n. 2713)³³; como «oración del hijo de Dios», sin olvidar que éste es siempre —cada uno de nosotros— un «pecador perdonado que consiente en acoger el amor con el que es amado y que quiere responder a él amando más todavía» (n. 2712)³⁴.

La contemplación es también, según el *Catecismo*, una «mirada de fe» (n. 2715), una «fe pura» (n. 2709) a la vez que «noche de la fe» (n. 2719)³⁵; un «silencio» (n. 2717)³⁶, al que se llega a través del «recogimiento» del corazón (n. 2711)³⁷. La oración contemplativa es la oración más «sencilla» (n. 2713)³⁸, sin dejar de ser la más excelsa, su «tiempo fuerte» (n. 2714): el camino de la santidad es camino de progresiva sencillez, como simple es Dios; y de progresiva fortaleza, participando de la omnipotencia divina.

La oración de contemplación es «don» y «gracia», al que el hombre se dispone «en la humildad y la pobreza» (n. 2713)³⁹; exige un «sí» y un «fiat», la «acogida incondicional del siervo» y la «adhesión amorosa del hijo» (n. 2716)⁴⁰. Tiende a ser continua, sin sujeción a tiempos, lugares y estados del alma o del cuerpo (n. 2710). La contemplación, finalmente, no se entiende sino en el «misterio de Cristo», «celebrado por la Iglesia en la Eucaristía» (n. 2718); y necesariamente se proyecta en el bien de todos los hombres (n. 2719).

33. El catecismo opta aquí por la distinción, frecuente en muchos Padres y autores espirituales entre 'imagen' y 'semejanza': la primera haría referencia, sobre todo, a la naturaleza, y la segunda, a la santidad, a la vida en el Espíritu.

34. Está lejos, pues, de una concepción de tipo quietista.

35. El elemento purificador es básico también en la verdadera contemplación. Es evidente aquí el eco de San Juan de la Cruz, entre otros.

36. Expresión también frecuente entre los místicos.

37. El eco es ahora fundamentalmente teresiano.

38. La simplicidad de que habla también Santa Teresa de Jesús, y hasta el mismo Santo Tomás de Aquino, desde una perspectiva más teológica y especulativa.

39. Cfr. n. 2712.

40. Referencias explícitas a Jesús y María.

Cada uno de estos aspectos merece, sin duda, un estudio teológico detenido, a la luz de la rica tradición espiritual de la Iglesia. Pero, sobre todo, nos parece que deben iluminar la lectura y meditación, la puesta en práctica de toda la doctrina sobre la oración y de todo el conjunto del *Catecismo*, si no se quiere rebajar la calidad de la verdadera relación con Dios que el hombre está llamado a vivir.

Todavía hay otra horizonte clave en el *Catecismo* que afianza, a nuestro entender, esa estrecha relación santidad—oración—mística y contemplación. Se trata de la importancia concedida a la unidad de la vida cristiana desde la perspectiva de la oración continua. «Perseverar en el amor» se titula uno de los últimos apartados de la parte general, en el que, partiendo del contundente «orad constantemente» de San Pablo (n. 2742)⁴¹, se afirma claramente que «orar es siempre posible» (n. 2743)⁴², que es «una necesidad vital» (n. 2744) y, sobre todo, que «oración y vida cristiana son inseparables porque se trata del mismo amor y de la misma renuncia que procede del amor» (n. 2745).

En esta perspectiva, la aceptación de la doctrina de la fe, la práctica de los sacramentos y el cumplimiento de los mandamientos, adquieren su perspectiva real: no la de una imposición, más o menos necesaria o conveniente, y más o menos molesta para el hombre moderno; sino la de un alma enamorada de su «amado», que busca, en plena libertad de amor, la «conformidad filial y amorosa al designio de amor del Padre», la «unión transformante en el Espíritu Santo que nos conforma cada vez más con Cristo Jesús» (n. 2745).

7. *El combate de la oración*

Aunque el que suscribe haya querido hacer hincapié en ese enfoque elevado y exigente, a través de las nociones de mística y contemplación, el *Catecismo de la Iglesia Católica* no cae en el peligro de plantear una visión ideal y prácticamente inalcanzable de la santidad y la vida de oración.

41. La cita es de 1 Tes 5, 17, a la que se añaden, en el *Catecismo*, Ef 5, 20 y 6, 18.

42. Esa aspiración era plenamente consciente ya en los primeros cristianos, con una búsqueda decidida de soluciones para vivirlo en cualquier situación, aunque no hayan faltado, en la historia de la espiritualidad, interpretaciones torcidas, como la de los mesalianos.

En efecto, ya en el capítulo dedicado a la santidad, inmediatamente después de hablar de su componente mística, se recuerda otra componente no menos decisiva: «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas» (n. 2015).

Después, al tratar de la oración, reaparece esa componente ascética de la vida cristiana, en un apartado tan amplio y rico como el dedicado a la contemplación, y no menos arraigado en la tradición espiritual de la Iglesia. Su significativo título es «el combate de la oración». En él se recuerda que la oración «supone siempre un esfuerzo», precisamente porque, además de un «don de la gracia», la oración exige también «una respuesta decidida por nuestra parte» (n. 2725).

Desde esa perspectiva, se plantean las cuestiones clásicas relativas a las dificultades en la oración —distracciones (nn. 2729-2730), sequedad (n. 2731), falta de fe (n. 2732), acedia (n. 2733)—, y a su eficacia (nn. 2734-2741); pero también se da un toque de atención ante algunos posibles «conceptos erróneos sobre la oración» (n. 2726), y ante el influjo de determinadas «mentalidades» (n. 2727). Me parece que se pretende salir al paso así, aunque no se mencionen expresamente, de algunas desviaciones recientes en la práctica de la oración cristiana, quizá bienintencionadas, pero difícilmente admisibles en el interior de una genuina vida eclesial.

En definitiva, lo que durante mucho tiempo se ha venido llamando ascética y mística, son presentadas por el *Catecismo de la Iglesia Católica* —recogiendo la doctrina hoy en día más común, más coherente con las afirmaciones del Vaticano II, y siempre de acuerdo con la enseñanza y el ejemplo de los santos— como dos realidades complementarias que configuran todo el conjunto de la vida espiritual, y en particular el camino de la oración.

8. *La oración del Señor*

Ya hemos tenido ocasión de mencionar el notable sentido «trinitario» de la oración, tal como se presenta en el *Catecismo de la Iglesia Católica*; y quien dice trinitario, dice cristológico. Esa orientación constante se hace expresa en diversos momentos, como en el artículo sobre «el camino de la oración» (nn. 2663 ss.); y esa perspectiva preside también toda la se-

gunda sección, la dedicada explícitamente a la «oración del Señor», al Padrenuestro. Esta oración, en efecto, «nos la dio el Señor Jesús» (n. 2765), con ella «el Espíritu Santo, a través de la Palabra de Dios, enseña a los hijos de Dios a hablar con su Padre»: en definitiva, con el Padrenuestro «la oración al Padre se inserta en la misión misteriosa del Hijo y del Espíritu» (n. 2766).

Esta perspectiva trinitaria y cristológica queda reflejada también en el sentido de la «filiación divina» del cristiano, tan propio del Padrenuestro; sentido bien glosado en el comentario que hace el *Catecismo*, especialmente en los primeros números de esta sección, y presente, como telón de fondo, en muchos otros pasajes del mismo⁴³.

Junto a esta clave de lectura de todo el comentario al Padrenuestro (en el que no podemos ahora detenernos punto por punto), aparecen otras, derivadas en el fondo de ella: es el «resumen de todo el evangelio» y el «corazón de las Sagradas Escrituras» (nn. 2761-2764); y «oración por excelencia de la Iglesia» (n. 2776), «arraigada esencialmente en la oración litúrgica» (n. 2768).

Hagamos, finalmente, una breve referencia al menos a otras cuestiones importantes que aborda el *Catecismo* al tratar de la oración:

Se explican y analizan las principales formas tradicionales de oración⁴⁴: bendición y adoración (es interesante la unión de ambos aspectos), petición, intercesión, acción de gracias y alabanza.

Entre las fuentes de la oración, además de la Escritura y la liturgia, resulta muy sugerente la inclusión de las virtudes teologales, desde su plano propio y su naturaleza específica⁴⁵.

Entre los «servidores de la oración» figura en primer lugar, con acierto, la familia cristiana, en cuanto «‘iglesia doméstica’ donde los hijos de Dios aprenden a orar ‘en iglesia’ y a perseverar en la oración» (n. 2685).

Hasta aquí una selección de perspectivas y contenidos, forzosamente personal y opinable, pero que espero pueda ayudar en la lectura y estudio

43. Incluso no falta una referencia explícita al ‘hacerse niño’ como manifestación de ‘hacerse hijos de Dios’ (n. 526). Para la fundamentación dogmática de la filiación divina del cristiano, ver, sobre todo, el n. 654.

44. nn. 2625 y ss.

45. nn. 2652 y ss. Para la relación entre oración y liturgia, cfr. también el n. 1073; y para el papel de la Escritura en la vida espiritual, los nn. 131-133.

no sólo de esta cuarta parte del *Catecismo de la Iglesia Católica*, sino de todo el texto; y sobre todo, orientar para su aplicación práctica en nuestra oración de cada día, en toda nuestra vida transformada en oración.

Javier Sesé
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA